

PRÓLOGO POR JOHN MARKOFF (*)

¿Cómo surge la democracia? Para algunos expertos se fundamenta en hábitos de tolerancia y compromiso y sus raíces descansan sobre la cultura propia de un pueblo donde se cultivan tales hábitos. En este sentido, difícilmente podría decirse que la democracia se construye. Para otros se trata de una construcción humana intencionada, entendiendo que los seres humanos son elites sabias y poderosas capaces de atraer a sus seguidores y que conscientemente favorecen un sistema político que pone límites a los conflictos. En los años sesenta y setenta quienes sostenían la primera opinión pensaban que habían encontrado pruebas fundadas de que el poder de la herencia cultural que desciende del pasado tenía un papel crucial en el control de los sistemas políticos. Una serie de descorazonadores golpes de estado tuvieron lugar en Latinoamérica —particularmente desmoralizadores en países con largas tradiciones democráticas como Chile y Uruguay— y ¿no demostraban estos tristes sucesos la continuidad de una cultura “ibérica” antidemocrática que traspasó no sólo los siglos sino también el océano? No mucho después, los historiadores de la segunda corriente pensaron que también habían encontrado su propia prueba “ibérica” para demostrar su visión de que son las elites las que escriben la Historia. ¿No demostraban los sucesos en España que unos líderes “sabios” podían forjar una democracia y huir de su pasado?

Politólogos de muchos países han creído necesario entender aquellos acontecimientos de España y especialistas de todo el mundo han analizado las acciones de los líderes políticos en Madrid tras la muerte de Franco. Basándose en una nueva y extensa investigación, el historiador Antonio Herrera revisa la transición democrática española y nos cuenta que en ese momento estaban

* Quiero agradecer a Rosario Moreno Soldevila y a Daniel Nisa su inestimable ayuda en la traducción de este texto.

ocurriendo muchas más cosas. Nos demuestra que la democracia española no sólo se construyó en las ciudades, sino también en el campo; no sólo por las elites políticas, sino también por los trabajadores del campo y los pequeños campesinos; no sólo por los partidos, sino también por los sindicatos; y no sólo en Madrid, sino también en otras zonas del país como Andalucía. Todo ello tuvo lugar mediante intensas movilizaciones, pero también a través del consenso.

Esta importante investigación es una historia de la Federación de los Trabajadores de la Tierra (FTT) y de su papel en los muchos cambios políticos, sociales y económicos que España experimentó en los años setenta y ochenta. Una historia controvertida, sin duda, puesto que esta Federación, íntimamente ligada al PSOE, se vio envuelta en intensos debates que reflejan bien los cambios de la época. En efecto, Antonio Herrera nos muestra una organización que competía por atraerse a los jornaleros y campesinos contra otras organizaciones rivales, especialmente con CC.OO. y SOC; que organizaba acciones colectivas y rupturistas (huelgas, manifestaciones, tractoradas, destrucción del producto agrícola en las calles,...); que luchaba por mejorar la cobertura social de los trabajadores del campo, amenazados por la menor demanda de mano de obra provocada por los cambios en la organización de la producción. Fue además una organización marcada por intensos debates internos sobre cómo enfrentarse al legado de las instituciones franquistas en el campo (¿combatirlas desde dentro compitiendo con ellas o tratar de eliminarlas?). En este sentido, dudó entre representar a los jornaleros y pequeños propietarios de forma conjunta o mediante dos organizaciones claramente separadas. Y fue un sindicato que tuvo que replantearse su relación con el PSOE a medida que este partido entraba en la lucha política dentro de la nueva democracia y accedía finalmente al poder.

Mediante estos intensos debates el autor dibuja los grandes cambios políticos y económicos del momento a los que ésta, y el resto de las organizaciones, tuvieron que enfrentarse. Pero esta Federación hizo más que adaptarse a las nuevas circunstancias, contribuyó a forjar la práctica de la democracia. Como el profesor Herrera nos cuenta, en esta historia las instituciones democráticas no llegaron de forma automática al campo. Había que combatir la herencia de las organizaciones franquistas, había que superar la rivalidad de las tradicionales luchas campesinas de comunistas y socialistas. No

podían darse por hecho los derechos de asociación, reunión y de huelga, éstos debían ser construidos.

Un mapa de la implantación de los socialistas en el campo durante los años setenta resulta enormemente parecido a la geografía del socialismo de los años treinta. Sin embargo, ésta no es una historia de cómo el pasado coarta al presente. Durante la Transición uno de los objetivos de la FTT consistía en reducir los costes sociales del capitalismo mediante la construcción de la democracia y no derrocar el sistema mediante la revolución. El PSOE de la era posfranquista intentaba integrar a España en la Europa capitalista, y no terminar con el capitalismo mismo. Ciertamente, el pasado estuvo vivo en el eslogan “Reforma Agraria”, pero lo que la FTT fundamentalmente trató de conseguir fue la regulación de los jornales, influir en los precios y luchar por un mejor subsidio de desempleo. Y es que la redistribución de la tierra resultaba mucho menos relevante en los años setenta y ochenta de lo que lo había sido medio siglo antes.

No es ésta, por tanto, una historia de continuidad cultural, tampoco es una historia de un reducido número de líderes visionarios en la capital de la nación diseñando un anteproyecto democrático y guiando a las masas. Al reconstruir los debates internos y entre los muchos actores que forman parte de esta historia, Antonio Herrera nos enseña que el papel de las organizaciones locales fue tan importante como el de los líderes nacionales y nos muestra a la gente del campo enfrentándose a una nueva y difícil situación económica mediante la construcción de unas posibilidades democráticas que no eliminaban las dificultades, pero que las hacían menos costosas.

Los años setenta y ochenta, como se relata en este libro, planteaban nuevas oportunidades y retos para los ciudadanos españoles del campo y para los sindicatos y partidos que luchaban por su afiliación. En primer lugar, al unirse la España de la era posfranquista a la Comunidad Europea, la integración a un mercado transnacional planteaba nuevos retos y oportunidades para los agrónomos y quienes diseñaban las políticas agrarias. En segundo lugar, al plantearse los socialistas cómo mejorar su situación en las luchas electorales de la democracia, el mantenimiento de su tradicional identidad como partido de una determinada clase social fue puesto en cuestión. Había que seducir a muchos otros votantes de otras clases sociales. Y en tercer lugar, a medida que el abstracto mercado transnacional se hacía más importante y los “latifundistas” locales

menos, fue más difícil mantener la unidad de los trabajadores del campo, porque los que cultivaban un producto se enfrentaban a problemas diferentes a los que cultivaban otro.

Antonio Herrera traza con gran detalle las ramificaciones de estos procesos distintos pero coincidentes en el tiempo. El PSOE ampliando su atractivo electoral empezó a identificarse menos con una única clase social. Las históricas fuentes de solidaridad entre aquellos que tenían poco y se enfrentaban con el poder de aquellos que tenían más, se debilitaron a medida que los intereses particulares de jornaleros y pequeños propietarios se hicieron más dispares y empujaron al desarrollo de organizaciones distintas para responder a sus diferentes preocupaciones. El imparable avance de la tecnología, ahorradora de mano de obra, significaba que el desempleo sería una realidad a corto plazo y la despoblación del campo lo sería en un plazo no mayor. A pesar del apego continuado a la clásica reclamación de la “Reforma Agraria”, la FTT puso énfasis en las medidas de bienestar social para modelar el impacto del desempleo rural como algo más importante en la nueva situación de España que la redistribución de la tierra. El PSOE, como otros partidos socialistas en las democracias de la Europa occidental, buscó el apoyo de distintas clases sociales para aumentar su fuerza electoral. Esto fue poco antes de alcanzar el poder y, una vez en el gobierno, promovió lo que pensaba era la “modernización” de la agricultura española siguiendo el modelo de otros países europeos. Las organizaciones de trabajadores del campo, incluida la socialista FTT, pronto empezaron a oponerse a sus políticas con mayor frecuencia, llevando a la larga a esta organización a distanciarse del Partido. En relación a ello, en esta obra se describe el final de la identidad propia de la FTT cuando, debilitado su número de afiliados y mermada su economía, se fusionó con la Federación de Alimentación en el seno de la UGT. De modo que este libro es un estudio del papel de la FTT en la conformación democrática de España y de su disolución final dentro del nuevo marco.

Estamos ante la historia de una organización, una historia económica y una historia política. Pero es también una historia humana en la que un grupo de amenazas, aspiraciones y estrategias dan paso a otras. Al comienzo del tumultuoso siglo XX en España el sueño socialista era el de enfrentarse, efectivamente, al poder de los grandes terratenientes para acabar con los latifundios mediante la acción revolucionaria. En la era posfranquista de la democracia

electoral, de la integración europea y del capitalismo globalizado, la nueva fuente de riesgo, pero también de oportunidades, era el mercado transnacional. Los nuevos riesgos tenían que gestionarse mediante medidas de protección social; las nuevas oportunidades había que afrontarlas con inversiones en tecnología y en educación, y los instrumentos de lucha eran los movimientos sociales, lobbies y la contienda electoral. Sin duda, uno de los puntos más interesantes en relación a estos cambios es conocer cómo nuevas formas de acción política se convierten completamente en rutina. Los campesinos españoles y las organizaciones que competían por representarlos fueron inventando nuevas formas de acción política en un espacio muy corto de tiempo. Antonio Herrera nos presenta claramente estos hechos.

John Markoff
Pittsburgh, 28 de Febrero de 2007

